

Patricia Gallardo Arias y Cuauhtémoc Velasco Ávila (2018) *Fronteras étnicas en la América colonial, México*, INAH, 198 p.

Gilberto López Castillo
Instituto Nacional de Antropología e Historia/Sinaloa
Correo: gilbertohistory@gmail.com

RECIBIDO: 11 abril 2019
ACEPTADO: 25 abril 2019

La obra *Fronteras étnicas en la América colonial*, aparece en el contexto de una rica tradición sobre la etnohistoria de la época colonial, que al centrar su atención en los extremos del continente enriquece la historiografía en espacios históricos que no hace mucho solían ser estudiados de forma marginal, pero que en las últimas décadas han recibido cada vez mayor atención por el mundo académico.

Es un hecho por ejemplo que la historia del norte novohispano como objeto de investigación no solo interesa a los historiadores mexicanos, sino que al ser una historia compartida, también interesa y mucho en los medios académicos estadounidenses y españoles. Particularmente en México han florecido en años recientes grupos de investigación que dedican sus esfuerzos a ese gran espacio fronterizo donde la etnohistoria juega un rol importante. En el caso de América del Sur el interés por la Compañía de Jesús y por lo tanto de los grupos indígenas donde incursionaron los jesuitas llama poderosamente la atención de académicos y grupos de investigación, como demuestra la abundante historiografía, aunque en esta obra sólo tenemos un botón de muestra que nos traslada al entorno cercano de Buenos Aires.

La obra *Fronteras étnicas en la América colonial* pertenece a la “Colección Interdisciplina” y a la Serie “Logos” del INAH. Se trata de un volumen compuesto de cinco ensayos donde vemos desfilar distintos escenarios de interrelación compleja entre los grupos originarios y los españoles en momentos que van desde la etapa prehispánica y la conquista, y en general de la época colonial, pero que tiene en el reformismo borbónico la época central de las investigaciones. En la introducción de la obra Patricia Gallardo y Cuauhtémoc Velasco, los coordinadores, expresan que el

objetivo de los capítulos es analizar el proceso a partir del cual se definen las fronteras antes y después de la conquista española, tanto en México como en el sur del continente americano y examinar cómo fueron adaptándose los diversos grupos indios al sistema colonial, por lo que se registran las relaciones que establecieron, las soluciones que encontraron ante las situaciones nuevas, así como, por otro lado, los elementos culturales que adoptaron los españoles. Asimismo, que los cambios que sufrieron dichos grupos se relacionan con procesos de movilización, aculturación y despojo del territorio, también con la resistencia y la creación de estrategias que les permitieron sobrevivir en un escenario de frontera definido como “un espacio de confrontación entre dos formaciones sociales disímiles que disputan un territorio y sus recursos” (p. 10).

El volumen inicia con un ensayo amplio y profusamente documentado, “La ruptura de la frontera centro norte de Mesoamérica”, de Rosa Brambila y Beatriz Cervantes quienes se esfuerzan por dilucidar el entorno ubicado en el centro norte de México, para lo que realizan un seguimiento desde el contexto mismo de la época prehispánica y el paso a la época colonial, en un territorio que de acuerdo a las autoras incluye, “la zona que separa las dos cuencas mayores, limitada al este por la confluencia del río San Juan y Tula para formar el río Moctezuma, y por el oeste, donde se une el Laja con el Lerma y las corrientes que alimentan los ríos Querétaro y Pueblito”, un espacio habitado originalmente por grupos chichimecas y que en unos años fue el escenario de la mudanza de grupos mesoamericanos, principalmente los otomíes, ya en el contexto posterior a la conquista.

Para Rosa Brambila y Beatriz Cervantes el proceso de la ruptura de la frontera centro norte se caracterizó por la remodelación de la tradición mesoamericana a las nuevas condiciones del septentrión novohispano. Así, concluyen que “los chichimecas pudieron desarrollar sus actividades aun con la presencia española en las primeras décadas; sin embargo, al despertarse el interés por la riqueza de las tierras norteñas, la convivencia no fue posible y se enfrentaron como formas excluyentes en el uso del territorio” (p. 57).

El segundo ensayo tiene que ver con uno de los casos más puntuales de fracaso de las políticas españolas y es el que aborda Joaquín Rivaya-Martínez con “El efímero asentamiento comanche de San Carlos de los Jupes 1787-1788”. La historia nos lleva al lejano río Arkansas, norte profundo del virreinato de la Nueva España y en él su autor nos presenta la problemática que llevó a los comanches a solicitar su establecimiento como pueblo formal aprovechando la misma política borbónica para la pacificación de la región. Rivaya rescata a personajes en específico como Paruanarimuco, líder principal de los comanches y su rol frente a los actores españoles; o al célebre capitán de Sonora, Juan Bautista de Anza, así como al funcionario de más alto rango en la época en el septentrión, como lo fue Jacobo de Ugarte y Loyola, comandante general de las Provincias Internas. Aparecen los indígenas tomando decisiones estratégicas, no solo en cuanto a los beneficios geográficos del nuevo establecimiento, sino que, para Rivaya, en el fondo buscaban asegurar la ayuda militar hispana de frente a el nuevo contexto de migraciones indígenas y presiones de los angloamericanos hacia el este. La explicación de Rivaya es exhaustiva, jugando el aspecto de la seguridad de los indígenas y la economía del asentamiento buena parte del argumento, sin embargo remata que ello no era todo lo que podía influir en una decisión por permanecer o abandonar un asentamiento, y es aquí donde propone rescatar el *ethos* particular de aquellos pueblos, sus costumbres y tradiciones donde la muerte de uno de sus miembros podía ser el detonante para una nueva mudanza, como ocurrió y como siempre había sido, más allá de las políticas, planes e ilusiones de los funcionarios ilustrados en la península y en el territorio mismo.

El capítulo realizado por Cuauhtémoc Velasco y Antonio Cruz nos lleva a los detalles de una misión fundada por los franciscanos de Propaganda Fide, la misión de Vizarrón, para lo que se recrea el momento de su establecimiento formal en 1737, gracias a la anuencia del virrey, y la reunión para este efecto de un grupo de indígenas de la nación pausana. Llama en primer lugar nuestra atención cómo la fundación se realiza en el contexto de otro asentamiento de misión llamado del Dulce Nombre de Dios, suceso que en voz de las autoridades militares y misionales ocurre en aparente colaboración de los indios xixames. Hasta aquí todo normal en cuanto al prototipo

de misión buscado y mostrado por las autoridades. Sin embargo, el paso de los años delata una serie de problemas con las autoridades, con los misioneros y con otros grupos indígenas como los llamados “cíbolos julimeños” llegados de tierras más norteñas en 1757 en un contexto de competencia por los recursos naturales y los frutos de la propia misión. Aparecen, y así inicia el ensayo, un tipo de problemas que nos recuerda a los que por la misma época de 1740 se vivían en el noroeste novohispano y que provocaron por ejemplo la rebelión del río Yaqui, con misioneros que al abusar de los recursos de la misión terminan colmando a sus integrantes indígenas. La conclusión de los autores nos lleva a la idea de que en la parte final del siglo XVIII las antiguas misiones estaban en decadencia, debido no solo a la problemática interna al interior de las comunidades, sino a los distintos puntos de vista de las autoridades religiosas y las civiles que solían confrontarse en detrimento de la organización misional.

El capítulo de Patricia Gallardo nos muestra el proceso de adaptación al sistema misional de los pames, destacando en primer lugar que se trata de un estudio que sigue la historia de este grupo de forma panorámica, a lo largo de todo el periodo colonial, si bien puntualiza en la parte media y segunda mitad del siglo XVIII. La autora nos explica la diversidad de grupos pames y los caracteriza como un grupo que en la época de la conquista se encontraba en transición “del nomadismo al sedentarismo, entre los pueblos mesoamericanos y los que habitaban el norte actual de México, con idiomas propios y sistemas socioculturales diferenciados, desde el sedentario agricultor, pasando por el horticultor hasta el nómada cazador recolector” (p. 136) y que fueron sometidos y evangelizados en el transcurso de los siglos XVII y XVIII.

Particularmente interesante el subapartado de la vida en las misiones donde resalta los problemas a que se enfrentaban los padres franciscanos para administrar los pueblos mediante la evangelización de los indígenas y el cuidado de que mantuviesen una actividad económica propia de grupos sedentarios como era la agricultura y la artesanía. La autora nos muestra cómo el contacto de los pames en los ranchos y haciendas de los entornos con españoles y mulatos les brindaba la

posibilidad de obtener ciertas libertades fuera del control del padre misionero, como es en primer lugar no ir a misa todos los días y con ello debilitar la viabilidad económica de la misión. Pero, como ocurría en otros espacios misionales, los indios solían salir a los campos y vivir entre las breñas y peñascos de los montes donde disfrutaban, en este caso en palabras de los franciscanos, de la poligamia y el pecado nefando. Lo cierto es que retornar al monte -puntualiza Patricia Gallardo- significaba reforzar las prácticas rituales, las formas de gobernarse, organizarse, y sobre todo, en tiempos de escasez de las misiones, significaba la supervivencia.

Por su parte, “Las misiones australes”: expansión de las fronteras y contactos interétnicos en la pampa bonaerense, siglo XVIII” de María Cristina Bohn Martins nos mueve la cancha y nos lleva al capítulo previo, no de este libro, sino de una historia que pareciera que ya hemos visto, es decir, la historia del exterminio de grupos indígenas en la Argentina independiente, pero que tiene en la parte media del siglo XVIII un referente clave.

Resulta de particular interés ver nuevamente a las autoridades de la misma monarquía pero en el otro extremo del continente buscando escenarios para la congregación de grupos nómadas, a los padres jesuitas luchando por lo difícil que resulta mantener una misión en un contexto en el que los pampas no quieren cooperar de acuerdo a las reglas que les son impuestas ya que ven su permanencia en la misión y el sometimiento como una forma de esclavitud y a unos indígenas haciendo su juego, buscando seguridad militar y alimentaria a la vez que aprovechando los beneficios económicos de la misión que se nos presenta como un escenario de complejas relaciones comerciales de las que los pampas son los beneficiarios y que alternan con su tradicional modo de vida errante, en fin, una serie de acciones de los indios que los académicos han llamado la “agencia indígena”.

Cito a Bohn Martins: “Acorralados entre los antiguos adversarios de otras parcialidades y los ataques de las milicias de los blancos los caciques pampas asumieron la iniciativa de las acciones. A pesar del hecho de que sus opciones eran limitadas y ellos terminaron por aceptar congregarse en los pueblos bajo la tutela de

los jesuitas; los indígenas no dejaron de agregar sus pautas a la vida de la misión” (p. 181).

En fin *Fronteras étnicas en la América colonial* se trata de una obra pertinente y muy bien lograda, con un eje rector, el de las fronteras étnicas que aparece en todos los apartados, que nos devela detalles de la vida en la época colonial, de la forma en que las autoridades civiles y eclesiásticas veían a los indígenas, pero sobre todo creo que una de las principales aportaciones nos permite valorar el punto de vista de los propios indígenas en la toma de las decisiones, que los llevaron a colaborar o desistir de su participación en los esquemas de los otros y en general se nos presenta a estos grupos insertos en complejos entramados sociales, pero con una voz propia.